

Nuestro hombre en el Congo

[Luis Prados](#)

Chief of Station, Congo: Fighting

the Cold War in a Hot Zone (Jefe de

Estación, Congo)

Lawrence Devlin

269 págs., Public Affairs, Nueva
York, EE UU, 2007 (en inglés)

Cinco mil dólares. Ésa fue

la cantidad que le costó a

la CIA el primer golpe de Estado de Mobutu, que derrocó en septiembre de 1960 a Patrice Lumumba y torció para siempre el destino de Congo (después Zaire y ahora República Democrática del Congo) y, probablemente, de todo el África subsahariana. Con el paso de los años y a medida que se cerraba la posibilidad de que surgiese *otra Cuba* en el corazón del continente, crecieron la generosidad de EE UU y el precio de Mobutu, cuyo nombre y régimen quedarían eternamente asociados al término “cleptocracia”: Congo fue salvado de las garras soviéticas al tiempo que la fortuna personal de Mobutu, fruto del saqueo inmisericorde de las riquezas naturales del país, se calculaba a su muerte, en 1997, en 5.000 millones de dólares unos 3.000 millones de euros).

El primer responsable, con nombres y apellidos, de la derrota de la URSS en el fenomenal campo de maniobras en que las dos superpotencias convirtieron África durante la guerra fría fue Larry Devlin, jefe de estación de la CIA en Leopoldville actual Kinshasa), en los primeros años de la independencia de Congo. También fue quien se inventó al coronel coronel Mobutu como alternativa política entre los antiguos colonialistas belgas y la influencia comunista. Sus memorias, referidas a los años 1960-

1967, resultan fascinantes tanto por su aventura personal como política. Una peripecia en la que Devlin simultaneó los papeles de espía, cónsul, consejero político, marido, padre de familia y hombre de acción. Las memorias, justificativas como la mayoría, dejan claro que su determinación en cumplir con su misión –impedir a toda costa que Moscú pusiera un pie en Congo– era pareja a su falta de escrúpulos.

Devlin llegó a Leopoldville el 10 de julio de 1960, diez días después de la independencia del país. Su particular viaje al caos, en dirección contraria a la de los miles de blancos europeos que trataban de huir, la ilustra con el terrorífico recibimiento que le dan las tropas amotinadas del Ejército congoleño. Durante unas horas, soldados borrachos juegan con él a la llamada “ruleta congoleña”, una ruleta rusa que se repite una y otra vez sin que la víctima sepa que el tambor del revólver no tiene balas.

El libro explica la complejidad de Afganistán, y sobre todo, la vida de dos mujeres, esclavas de una sociedad machista, malogradas por padres, maridos y hermanos

Devlin llega tarde a Congo como, en su opinión, lo hace el propio EE UU a la independencia de los países africanos. Hasta finales de los 50, Washington había evitado implicarse en África, confiando en que las potencias europeas bloquearan el

expansionismo de la URSS en sus colonias. De pronto, todo eso cambió y EE UU vio que los soviéticos se les adelantaban. El libro revela cómo la obsesión por el esquema de la guerra fría impidió a la Administración Eisenhower comprender las necesidades y realidades de los nuevos Estados africanos o las motivaciones de los no alineados. Esa ineptitud es más chocante en el caso de Devlin, formado en el departamento de Relaciones Internacionales de Harvard tras combatir en la Segunda Guerra Mundial, procedente de una familia devota de Franklin Roosevelt y admirador del célebre periodista Edward Murrow, a quien considera su “héroe” por sus crónicas sobre el peligro nazi, pero sobre todo por su lucha contra la caza de brujas del senador McCarthy. Devlin justifica una y otra vez su papel de peón avanzado del “imperio del bien”. Cómo él dice, “mi generación había visto a Hitler en acción. Teníamos que derrotar a la nueva amenaza”. Había mucho en juego. Congo hace frontera con nueve países y el mensaje de Lumumba podía inflamar todo el continente. Además, ni EE UU ni la OTAN podían permitir que la pérdida del gigante africano diera a la URSS casi el monopolio mundial de la producción de cobalto y otros minerales, imprescindibles para los misiles y sistemas de armas aliados. La determinación de

Devlin, unida al tobogán de acontecimientos en las anárquicas primeras semanas de la independencia de Congo, le obligó a improvisar soluciones y sortear peligros. El 11 de julio de 1960 Tshombe declara la independencia de la región de Katanga, rica en diamantes; el 17, Lumumba, primer ministro, rompe relaciones con Bélgica y amenaza con pedir ayuda a la URSS; el 26 de agosto, el entonces director de la CIA, Allan Dulles, ordena expulsar del poder a Lumumba. El 14 de septiembre se produce el primer golpe de Mobutu y el 19 llega a la embajada de EE UU en Leopoldville el telegrama conocido como “Joe from Paris”, con una orden de Washington: eliminar a Lumumba. El asesinato de un líder nacionalista elegido en las urnas, que llevarían a cabo mercenarios belgas, perseguiría de por vida a Devlin, agente necesario del crimen.

La fecha de la muerte de Lumumba, el 17 de enero de 1961, pocos días antes de la toma de posesión del presidente Kennedy, desataría durante décadas especulaciones sobre su “oportunidad”: acabar con él antes de que los jóvenes demócratas que llegaban a la Casa Blanca abortasen el plan. Devlin lo niega, pero sí reconoce su incomodidad por la atención que empieza a prestar Washington a los no alineados y

a los nuevos líderes africanos.

La crisis de los misiles cubanos en octubre de 1962 pondría fin al interés de Kennedy por Congo. El éxito definitivo de la misión llegó con el segundo golpe de Mobutu en 1965. “Sin ser una solución ideal”, reflexiona Devlin hacia el final del libro, “Mobutu proporcionó a EE UU lo que quería”. En efecto, el dictador gobernó Congo como un jefe tribal durante la guerra fría. Dejó tras de sí un reguero de falsas promesas y esperanzas rotas, por no hablar de la ruina y el derramamiento de sangre: en los 90, Zaire se vería envuelto en la llamada I Guerra Mundial Africana, en la que murieron tres millones de personas. Las memorias de Devlin no son sólo historia; también advierten del peligro de sacrificar los valores democráticos en el altar, antes de la guerra fría, hoy de la *guerra contra el terror*, y del peligroso juego de engendrar títeres y monstruos políticos.

Fecha de creación

31 julio, 2007